

## CLAUDIO GIACONI

# LA REVANCHA DEL HIJO PRÓDIGO

FOTOS: RICHARD ULLOA



Por Iván Quezada E.

Hasta hace poco, a Claudio Giacconi apenas se le veía en el lanzamiento de un libro o caminando por las calles Lastarria y Villavicencio, cerca del cerro Santa Lucía. Mal que mal es el barrio de sus mocedades, en el cual se ambienta su relato "La muerte del pintor" y donde habitó cuando recién se iniciaba en las letras, en aquellas viejas pensiones ahora desaparecidas. Hoy sin embargo Giacconi parece haber vuelto definitivamente a lo que fue su territorio; hace un par de meses el escritor Pablo Azócar le cedió su departamento en calle Rosal y con ello el autor de *La caída de Occidente* está experimentando un renacer de viejas ansias, luego de trece años de residencia en los Dominicos donde se instaló tras su retorno a Chile en 1990.

Sin dejar de ser tímido, un solitario, Giacconi se complace con la gente que lo saluda en las veredas. La mañana del primer encuentro salió al vestíbulo sin su traje de escritor; reaccionando con desconfianza ante las preguntas de rigor. "¡Me dejan exhausto!", reclamó de entrada. Las paredes desnudas de su habitación revelan la mudanza no sólo física, sino también de una voluntad no muy

Viajes reales e imaginarios componen la vida de Claudio Giacconi, escritor emblemático de la generación del 50 desde que publicara *La difícil juventud*, un libro de cuentos que lo convirtió en promesa y destino a la vez de ese anhelo de ruptura. Después de años de tanteos e incertidumbres, hoy vuelve a abrir la puerta con *F*, una novela que parece no tener fin en su evocación del delirio lingüístico a lo James Joyce. Todo hombre tiene su revancha, y más si es escritor.

distinta ni distante de aquella que lo llevó a viajar por el mundo a lo largo de tres largas décadas. Eso sí, Giacconi ya no es el galán de la moto con chaqueta de cuero negro que en 1954, casi contra su voluntad (siempre ha sido reacio a publicar), se transformó en uno de los escritores más emblemáticos de su generación, tras publicar *La difícil juventud*. Compañero de promoción de Luis Alberto Heiremans, Guillermo Blanco, José Donoso, Enrique Lafourcade, Egon Wolff y Jorge Edwards, entre los narradores y

dramaturgos, a la generación de Giacconi la unía cierta opacidad en su mirada de Chile, así como el deseo de ganarse la vida con la literatura y el gusto apasionado por autores extranjeros.

Sin embargo, el caso particular de Giacconi es extraño y revelador al mismo tiempo. Se aguardaba todo de él, pero partió a Europa y después a Norteamérica, donde se le perdió la pista durante décadas. Algo así como una abducción existencial y literaria que lo hizo víctima de la promesa que lleva consigo

todo reconocimiento prematuro. Como fuera, al regresar al país Giaconi se recluyó en la inseguridad, choqueado con el nuevo Chile nacido de la dictadura. Ahora, sin embargo, al contestar el teléfono masculla sin vacilación: "Estuve escribiendo toda la noche". ¿Qué se traerá entre manos? Claudio Giaconi toma asiento en un banco próximo a la Plaza del Mulato Gil y habla midiendo sus palabras: "Ya no bebo, sólo agua de Panimávida. Cuando joven lo hice, pero nunca con el síndrome devastador. Prefiero la marihuana, es más sana. Es un gran dolor dejar el propio país, aunque peor es volver para que te apuñalen por la espalda. Mi destierro empezó en Roma y acabó en Nueva York, la capital del mundo. Chile es mi primera patria, pero sólo es un lugar de residencia. No le debo mucho".

**"Ya no bebo, sólo agua de Panimávida. Cuando joven lo hice, pero nunca con el síndrome devastador. Prefiero la marihuana, es más sana".**

#### HUMOR A PESAR DE TODO

La memoria de Giaconi tiene muchos recovecos, y algunos pueden parecer fantásticos. En la época de su primera fuga al exterior, el año 60, su vida corría por rutas peligrosas: había estado en prisión durante dos semanas, acusado de injuria por un general de la República, y por el mismo período supo que su amada, una jovencita de 16 años (diez menos que él) lo engañaba con un señorito de buena familia. La parentela de la niña lo perseguía como corruptor de menores. Fue en medio de esas circunstancias que alcanzó la fama literaria, lo cual no dejó de ser una paradoja. Los avatares de su existencia determinaron que fuera un solterón, aunque estuvo casado en una ocasión. A mediados de los '50 vio a la muerte de cerca, por una enfermedad ósea. Tuvo que hacerse una operación triple al fémur izquierdo, tan riesgosa que incluso se le dio por fallecido en el quirófano. La convalecencia se prolongó por un año, etapa que aprovechó para estudiar el ruso. Necesitó aprender a andar de nuevo, ayudándose con un bastón que le regaló un cura. Entonces decidió casarse con una amiga, de apellido Señoret, quien lo cuidó durante su postración. La unión se realizó únicamente por el civil y duró entre 1957 y 1960. "Ella está muerta y le pido perdón, donde quiera que esté", confiesa al recordarla.

De aquel encuentro accidental con el ruso surgió el ensayo *Gogol, un hombre en la trampa*, editado en 1962. La idea le vino al observar las condiciones de vida del campesinado chileno, que consideró semejantes a las del mujik ruso en el tiempo en que Nicolás Gogol escribió su obra. Las fechas se confunden en su recuerdo. Sí estaría acreditado que Giaconi partió a Italia en 1960, con una beca de gobierno que lo obligaba a retornar al cabo de un año. No lo hizo hasta el '64, y en el intertanto se mantuvo con ayudas y subsidios obtenidos en la Universidad de Lovaina, en Bélgica. Después habría viajado a México, donde se ganó el sustento como columnista dominical del diario Excelsior.

"Yo quería continuar en el país azteca, pero mi situación económica era muy precaria, de manera que acepté una cátedra de Castellano y Literatura Latinoamericana en la Universidad de Pittsburg, en los Estados Unidos. Había logrado sobrevivir como escritor, pero para mí los escritores forman una especie de cáfila de la cual me aparto con espanto. No me llevo bien con este ambiente de rencillas y traiciones arteras".

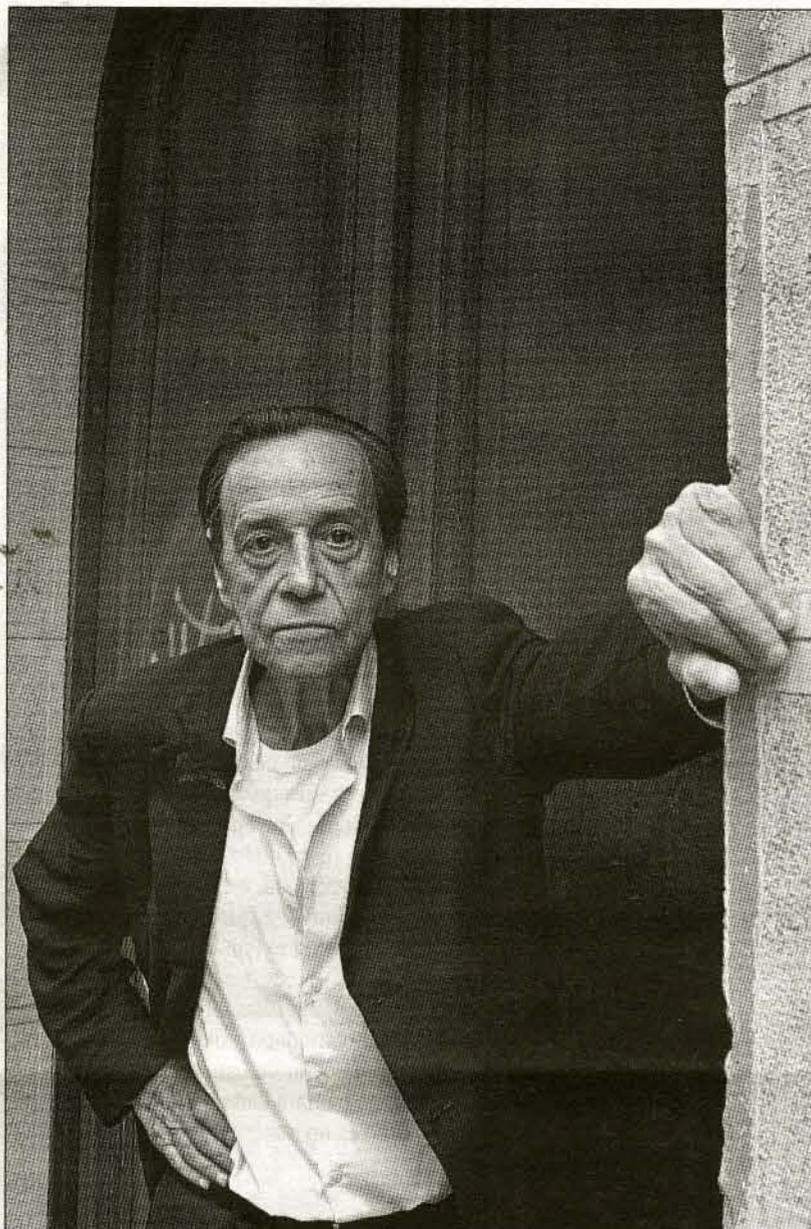
En el prólogo a la reedición de *La difícil juventud* (Sudamericana, 1997), Jorge Edwards cita un jocoso comentario de Pablo Neruda sobre la promoción del 50: "Los jóvenes de su generación, a diferencia de la mía, lo saben todo", habría sido el irónico comentario del poeta. Y en verdad el acentuado intelectualismo fue una de sus marcas de fábrica. Giaconi postula que la misión era superar el criollismo, procurar una

mayor universalidad en las temáticas e incurrir en grandes audacias formales y técnicas. Así, buscando agudizar el punto de vista psicológico, se eliminaba la anécdota. Sin duda, fue un grupo innovador, tanto en la prosa como en la poesía. Pero, ¿cómo se tradujeron estos afanes en la narrativa del mismo Giaconi? Hay por una parte un desgano permanente en sus historias, como si el Chile de la época estuviese signado por el escepticismo. Casi todos sus personajes son artistas o lectores de dedicación exclusiva que ante los escasos estímulos del ambiente optan por guardarse y atesorar sus pensamientos. Esto los conduce a una obsesión por los detalles, sumidos en una vida cotidiana algo torcida. Es por esta vía que, por otra parte, el humor se infiltra en el tono más bien serio y formal de los relatos, como sucede en "El Conferenciante", donde una disertación acerca del romanticismo alemán degenera en un conjunto burlón.

A pesar de su reserva personal, Giaconi mismo suele provocar efectos cómicos con su involuntario histrionismo. Juega a las morisquetas cuando se ve sorprendido por un comentario o finge estarlo, y suele soltar algún chiste a la pasada, conservando eso sí un rostro de incontestable seriedad. En una segunda visita al departamento de Rosal, el anfitrión salió a abrir la puerta ya en el rol de perfecto escritor, asumiendo el papel con un impermeable traído de Nueva York que le llegaba casi hasta los tobillos. Contó entonces que pronto dará por terminada una nueva novela, titulada tentativamente *F* y descrita como un enorme mamotreto que no parece tener principio ni fin, con capítulos completamente autónomos respecto a la trama central. Sería una novedad feliz para la plúmbea regularidad de nuestra narrativa, y tras su escritura Giaconi no oculta el deseo de emular los retruécanos del mismísimo James Joyce en su alucinante dispersión lingüística.

#### ENEMIGO DE LA TELEVISIÓN

Obra desde ya imposible de alcanzar o ímpetu



Al igual que le sucede al autor en su vida real, el humor se infiltra en las historias de Giaconi sin anunciarse previamente.

que retorna victorioso, lo cierto es que Claudio Giaconi enterró con sus propias artes la promesa que su figura alta y consternada un día encarnó. "¡Váyanse al diablo!", exclama furibundo cuando se le mencionan los chismes que lo tildan de escritor fracasado. Con la misma vehemencia se refiere a la televisión: "La tevé se inventó para unir a los hombres y ha resultado lo opuesto; aquí en Chile provoca un daño enorme, porque deforma el lenguaje. Destruye la cultura y así, en lugar de Tolstoi, tenemos a Kike Morandé. El noventa por ciento de los chilenos vive idiotizado por este medio. Las teleseries son un escándalo. Todo es falso en 'Los Piñcheira' y también en 'Hippie': yo viví en los '60 y en esa telenovela nunca aparecen los grandes hitos, como la protesta contra la guerra de Vietnam. Es una producción para enanos mentales".

El arte del francotirador le acomoda. Otro blanco de sus críticas es la narrativa chilena actual. La observa como inofensiva, incapaz de reformular los cambios impuestos por los desafíos históricos. Para su generación el reto lo impuso Hiroshima, como lo atestigua su obra de teatro *Ibacucha*, escrita en inglés y que piensa montar el año venidero. Aquella catástrofe lo abismó de plano, y no es extraño que luego derivara al tema religioso. Él mismo no se considera católico, pero le

produce repulsión "ese fariseo que se golpea en pecho en la misa y que a la vez adora el Golpe de Estado de 1973. Se asesinó a mansalva a amigos míos, como Arsenio Poupin, asesor de Allende, y años después a Orlando Letelier y Rodrigo Rojas Denegri". Recuerda con singular horror el crimen de su camarada Cristián Montecinos, quien había llegado a Chile pocos días antes del Once y fue acribillado en la cuesta Zapata. En ese tiempo Giaconi era traductor bilingüe de la UPI en Nueva York. Comenzó entonces su esfuerzo por informar sobre las violaciones a los derechos humanos, hecho que motivó seguimientos y una actitud hostil del consulado de Chile. La situación alcanzó su peor momento cuando tuvo que trasladarse a Berlín para renovar su pasaporte. En Europa pensó en radicarse en Dinamarca, pero al final desistió. Entretanto, sus jefes en la UPI cruzaban informaciones con Santiago preguntándose si acaso Giaconi era marxista o se hacía.

Ni lo uno ni lo otro, parece responder él a la vuelta de los años. Hoy Claudio Giaconi siente que por fin está de regreso en el barrio de su difícil juventud, en el centro de Santiago, después de varias fases depresivas dentro y fuera del país. El mundo se agita otra vez ante sus ojos. Y todo cuanto tiene que hacer el hombre para recibirlo es sentarse a escribir. **LND**